

La evaluación de los aprendizajes

Graciela Pérez Rivera*

Universidad Nacional Autónoma de México, México.

* Investigadora del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación en la UNAM.

Correo electrónico: perezrg@servidor.unam.mx

Resumen

En este documento se presentan algunos resultados, obtenidos hasta el momento, de un estudio sobre las prácticas de evaluación de profesores universitarios. El propósito del estudio es participar en la búsqueda de las relaciones existentes entre los conceptos y las prácticas educativas, en este caso de evaluación. Se identifican las principales tendencias en cuanto a la concepción de la evaluación del aprendizaje y las funciones que se le otorgan, los propósitos con los que se evalúa, los objetos o contenidos a evaluar, las formas en que se lleva a cabo la evaluación y el uso que se da a los resultados.

Identificar cuáles son las tendencias de las prácticas de evaluación en nuestras aulas universitarias representa un paso que puede ayudar a cuidar que este proceso tan importante recobre su papel formativo para todos aquellos quienes participamos en los procesos educativos; además, representa la posibilidad de construir formas para lograr mejorar nuestra labor docente en general, y en particular, nuestra práctica evaluativa.

Palabras clave:

Evaluación
Calificación
Aprendizaje
Enseñanza
Evaluación de los aprendizajes

Abstract

This article presents the results obtained to date in a study on evaluation practices of university professors. The purpose of the study is to contribute to the examination of relationships between educational concepts and practices, in this case relating to evaluation. The article identifies the main trends in concepts of evaluating learning, functions attributed to evaluation, the goals of evaluation, the objects or contents evaluated, evaluation methods and the use made of the results.

Identifying trends in evaluation practices in our university classrooms is a measure that can help this important process recover its influential role for all who participate in educational processes. In addition, it may help construct methods to improve our teaching task in general, and in particular our evaluation practices.

Keywords:

Evaluation
Marking
Learning
Teaching
Evaluation of learning

Introducción

En este documento se presentan algunos resultados, obtenidos hasta el momento, de un estudio sobre las prácticas de evaluación de profesores universitarios. Se identifican las principales tendencias en cuanto a la concepción de la evaluación del aprendizaje, las funciones que se le otorgan a la evaluación, los propósitos con los que se evalúa, los objetos o contenidos a evaluar, las formas en que se lleva a cabo la evaluación y el uso que se da a los resultados.

El propósito del estudio es participar en la búsqueda de las relaciones existentes entre los conceptos y las prácticas educativas, en este caso de evaluación. Se analizan las repercusiones que tienen las contradicciones existentes entre el concepto y la práctica que se ven reflejadas en los aspectos antes mencionados de la evaluación. Este análisis se hace con la intención de propiciar la reflexión sobre el tema de la evaluación y de subrayar la importancia que tiene como proceso formativo en contraposición al carácter, que en la realidad parece dársele, de gestión y consecución de un proceso de control más administrativo que educativo como signo de calidad.

Identificar cuáles son las tendencias en las prácticas de evaluación en nuestras aulas universitarias representa un paso que puede ayudar a cuidar que este proceso tan importante recobre su papel formativo para todos aquellos quienes participamos en los procesos educativos; además, representa la posibilidad de construir formas para lograr mejorar nuestra labor docente en general, y en particular, nuestra práctica evaluativa.

En este trabajo se hace un somero análisis de la información recabada mediante un cuestionario aplicado a profesores universitarios participantes en cursos orientados a ofrecerles formación teórica, metodológica y técnica para la enseñanza; en el análisis de algunas concepciones y propuestas sobre evaluación de diversos investigadores; y en la experiencia en docencia e investigación de la autora.

Se parte de la idea de que la evaluación de los aprendizajes es un proceso complejo que tiene gran importancia tanto para los maestros como para los alumnos; no es menos importante para las instituciones educativas y, en un horizonte más amplio, para la sociedad. Es una actividad que está totalmente relacionada con el concepto de enseñanza y de aprendizaje que tienen los profesores. Cualquier persona que está en la práctica de la docencia debe tener muy claro y

muy consciente su función de profesional de la educación, y específicamente de profesional de la docencia que propicia las condiciones para que los alumnos puedan lograr aprender.

Es decir, el profesional de la docencia o profesor debe tener muy claro y ser muy consciente de que la intencionalidad de la docencia es lograr que los alumnos aprendan, que logren construir su propio conocimiento, su propia forma de aprender y su propia forma de evaluar sus aprendizajes.

Todo profesor debe tener también un concepto muy claro y muy consciente del modo en que se aprende y se enseña, así como una concepción coherente con ésta sobre la evaluación. Es necesario contar con una formación teórica, metodológica y práctica en general sobre la docencia, y en particular, sobre la evaluación para estar en posibilidad de hacer de esta actividad un proceso formativo y no quedarse en un proceso administrativo normativo que ha servido, históricamente, más para poner a los alumnos en situaciones de inclusión o exclusión social, que para formarlos en una actitud de reflexión permanente sobre las prácticas y los procesos que realizan de manera tanto formal como informal a lo largo de su vida.

Algunas consideraciones sobre la evaluación

Es necesario que los profesores estén muy conscientes sobre cómo entienden la evaluación, para qué sirve, qué hay que evaluar, cuándo y cómo se evalúa, todo ello con el fin de lograr los aprendizajes que se pretenden.

Al respecto coincidimos con Frida Díaz Barriga (1998) quien afirma que “[...] debe señalarse en forma enfática que la evaluación es parte integral de una buena enseñanza, de hecho podríamos decir sin ningún menoscabo que no es posible concebir adecuadamente a la enseñanza sin la evaluación”.

A partir de la idea de que la evaluación debe llevarse a cabo paralela y simultáneamente al proceso de enseñanza-aprendizaje, se entiende que es un proceso por medio del cual es posible adquirir información, al momento, sobre lo que ocurre en la interacción que se da entre profesor-alumno-contenidos-intenciones de enseñanza. Esta información permite al profesor prever o detectar los problemas que interfieren en el aprendizaje de los alumnos, y las causas que los están provocando, a fin de decidir sobre las acciones a realizar para, en caso necesario, reorientar la enseñanza.

La evaluación permite detectar si los problemas en el aprendizaje son generados por el propio docente, el alumno, los contenidos, las condiciones de enseñanza que se están propiciando, por el grupo de alumnos, etc. Sin la información obtenida mediante la evaluación, no sería posible tener fundamentos sólidos para realizar alguna mejora, reorientar el proceso o para informar y sugerir a los alumnos algunas acciones que optimicen su aprendizaje.

Si formáramos a los alumnos en esta idea o concepto de la evaluación, ellos mismos estarían en posibilidad de reflexionar sobre su proceso de aprendizaje, sobre lo que facilita u obstaculiza ese aprendizaje y tomar acciones para mejorarlo. En este sentido, la idea de la evaluación no se restringiría a emitir la nota llamada “calificación” minimizando el concepto a la acción de cumplir con la norma administrativa institucional para el acceso o no a niveles superiores de educación. Los alumnos interpretan así la evaluación, por eso es un proceso al que se le teme y evita. Con mucha frecuencia, por no decir que siempre, esta idea de la evaluación tergiversa las tareas de “enseñar” y “aprender”.

Los profesores que así entienden la evaluación, pierden de vista “lo integral” del proceso, es decir, hacen de la elaboración y aplicación de cualquier tipo de exámenes las acciones principales del proceso educativo.

En consecuencia, el proceso de evaluación se limita a una actividad de control y gestión para emitir una nota institucionalmente requerida. Desaparece el objetivo académico de la evaluación como actividad de seguimiento de todo el proceso educativo para detectar las causas que evitan el logro de objetivos o como un medio para reunir información que permita fundamentar los cambios necesarios que mejoren el desempeño de los alumnos.

Esta forma errónea de entender la evaluación, provoca con frecuencia que el profesor —ya sea individualmente o como parte de un grupo formando por las academias de profesores— se prepare más para elaborar exámenes, que para comprender y tener un manejo teórico y metodológico sobre los procesos de enseñanza-aprendizaje en su práctica docente. Es más, con mucha frecuencia, esta postura lleva a los profesores a trabajar más para que los alumnos estén en posibilidad de “pasar” el examen que para propiciar su aprendizaje y lograr su formación integral. En este caso, como se mencionó anteriormente, se pierde el propósito de la evaluación como proceso formativo que orienta al estudiante a adquirir conocimientos, habilidades y actitudes de reflexión sobre lo que hace, cómo lo hace y cómo lo puede mejorar, que le sirven no solo para la etapa de estudiante sino para todas las actividades que realice en su vida.

En cuanto a los estudiantes, al entender o concebir la evaluación como el o los momentos para presentar exámenes con la finalidad de recibir una “calificación” o nota con la que pueden o no acceder a niveles educativos superiores, también tergiversan su tarea de aprendizaje y formación para desempeñarse mejor en la vida. En este caso, la intencionalidad del estudiante se cambia, llevándolo más bien a desarrollar habilidades y actitudes para “pasar el examen y obtener buenas calificaciones, en el mejor de los casos” o, para “salir del paso” pero pocas veces para desarrollar una actitud de autocrítica y búsqueda de la mejora continua; la consecuencia es que los estudiantes no sólo aprenden del

contenido sino de la forma, y en consecuencia, aprenden que la evaluación es “prepararse para resolver exámenes”.

El problema tiene repercusiones en varios ámbitos: *a)* institucional, reducir el concepto amplio de evaluación al de calificación otorgada principalmente por los resultados de los exámenes, impidiendo con ello conocer la realidad sobre el proceso de aprendizaje de los alumnos, ya que no siempre refleja lo aprendido; esta información resulta engañosa si se piensa que quien reprobó el o los exámenes no ha logrado aprendizajes o, que quien aprobó con una alta calificación ha logrado un gran aprendizaje. Sin embargo, frecuentemente ocurre que quienes tienen un historial académico con altos promedios no son las personas que resuelven sus problemas o se desempeñan de mejor manera en la vida cotidiana y profesional, y tampoco los que tienen historiales académicos con bajos promedios son los que fracasan; *b)* docente, el concepto amplio de evaluación se reduce a utilizar instrumentos que le permitan cumplir con el compromiso institucional de otorgar una calificación “lo más objetiva posible”. Esto lleva a los profesores a elaborar instrumentos de evaluación (principalmente exámenes) individual y grupal (exámenes departamentales) y también a establecer criterios complementarios (asistencias, tareas, etc.) que les den elementos suficientes para otorgar la calificación requerida, *c)* alumnado, lo que observan y están aprendiendo es que cumplir con “salvar” los exámenes y con los criterios como la asistencia, los trabajos extraclase, etc., es lo importante para obtener “el pase”, para algunos puede ser fácil, para otros, entendida así la evaluación, no es algo que busquen, al contrario, es algo que rechazan. De ser un proceso de ayuda para mejorar, se convierte en los momentos temidos y generalmente origen de frustraciones.

Quizá parte del problema está en la mezcla que se hace de ambos conceptos y de su finalidad: evaluación y calificación; la primera es un proceso valorativo cuya finalidad es dar seguimiento paralelo a los procesos de enseñanza y de aprendizaje para, en el momento oportuno (no después cuando poco se puede hacer) vigilar, detectar, tomar decisiones sobre las actividades necesarias que hay que hacer y poner en marcha en el momento adecuado para que se logre lo propuesto. Se refiere a la valoración del proceso en el momento y en el lugar donde ocurre con el fin de “cuidar” su logro, corrigiendo, reorientando a los sujetos participantes o los medios o condiciones en las que se está llevando a cabo, y en él tendrían que participar tanto el profesor como el alumno. La calificación, en cambio, se refiere al dato que requiere la institución con la finalidad de fundamentar la incorporación de los alumnos a niveles superiores o su permanencia en los actuales.

Hay estudiantes, desafortunadamente los menos, que no le dan tanta importancia a las “calificaciones” o “notas”. Lo importante para éstos es la retroalimentación que reci-

ben de los profesores sobre cómo están logrando los aprendizajes. Son los que entienden la evaluación como un proceso por medio del cual están en posibilidad de recabar información que puede permitirles encontrar los puntos débiles y los fuertes y, por tanto, mejorar su proceso formativo; son los que entienden que la calificación es diferente al proceso de evaluación.

Algunos alumnos a quienes he entrevistado dicen esperar que el proceso de evaluación sirva para otorgar la “calificación” o “nota” que exige el control administrativo escolar, pero que esto no es necesariamente de tal forma y, aunque para ellos lo importante de la evaluación es el conocimiento que adquiere sobre su proceso de construcción del conocimiento y sobre cómo va siendo su desempeño y su proceso formativo, no dejan de comentar que existen momentos de frustración porque los criterios para otorgar la “calificación” o “nota” no son claros y tienen consecuencias que no siempre benefician

a todos los alumnos por igual. Como la calificación es la que cuenta para muchas oportunidades tanto en el ámbito escolar como fuera de él (acceso a niveles superiores, a becas, a oportunidades de trabajo, etc.), entonces llegan a cuestionarse si no tendrían que darle más importancia a la “calificación” o “nota” como hacen los demás, que a su proceso formativo.

Es verdaderamente importante reflexionar en esto porque esta minoría, es la que está en posibilidad de lograr aprendizajes realmente significativos como el autoaprendizaje, el aprendizaje para la vida, el aprendizaje permanente, la metacognición, la autoevaluación, la coevaluación y la mejora continua que han sido tema de organismos internacionales como la UNESCO.

Algunos avances del estudio

El cuestionario que sirvió de base para presentar estas reflexiones, se elaboró con el propósito de recabar información sobre los conceptos y prácticas de evaluación. Se aplicó a un total de 200 profesores que imparten diversas asignaturas a alumnos de diferentes carreras universitarias y también, a 200 profesores de bachillerato. Todos ellos participaron cuando menos en tres cursos, talleres o seminarios sobre formación de profesores en los que se estudió el tema de la evaluación, y tienen más de cinco años de experiencia docente.

Las preguntas del cuestionario son las siguientes:

1. ¿Qué es para usted la evaluación?
2. ¿Qué es para usted calificar?
3. ¿Para qué evalúa usted?
4. ¿Para qué califica usted?
5. ¿Qué evalúa usted?
6. ¿Qué califica usted?
7. ¿Qué hace para evaluar a los alumnos?
8. ¿Qué hace para poner la calificación a los alumnos que la administración escolar solicita?

9. ¿Qué hace para saber que los alumnos están aprendiendo?
10. ¿Qué hace para saber que los alumnos han aprendido?
11. ¿Qué hace para saber que usted ha propiciado que los alumnos aprendan?

Enseguida se presentan las respuestas expresadas por los profesores y algunos avances del análisis realizado, así como algunas reflexiones para que, a su vez, sirvan de reflexión y en su caso la discusión y el aporte de quienes participan de su lectura.

Para la pregunta *¿Qué es para usted la evaluación?* Se encuentran varias respuestas. 85% dijo entender la evaluación como un proceso por medio del cual se conoce si un alumno ha aprendido o no; un proceso que permite valorar lo que el alumno ha aprendido; un proceso que permite conocer si se lograron los objetivos del programa; un proceso por medio del cual se obtiene información sobre cómo se llevó a cabo el proceso de enseñanza-aprendizaje, cómo y cuánto se aprendió, si relacionan lo aprendido en otras materias, si pueden aplicar el conocimiento; un proceso que permite conocer cuáles son los puntos débiles del aprendizaje de los alumnos y cuáles sus puntos fuertes para ayudarles a mejorar su aprendizaje, si cuenta con los conocimientos antecedentes necesarios para aprender lo que corresponde a la materia; un proceso que permite recabar información para decidir sobre las acciones que hay que llevar a cabo para mejorar la enseñanza.

Estas respuestas permiten interpretar que los profesores tienen un concepto de evaluación que integra la dimensión cuantitativa, pero también la dimensión cualitativa de la evaluación.

Por otra parte, sólo 15% de los profesores contestaron que entienden la evaluación como una práctica que permite conocer cómo se está realizando el proceso de enseñanza-aprendizaje al mismo tiempo que se está llevando a



Fotografía: Carmen Toledo

cabo dicha práctica, y que ésta permite decidir y poner en marcha, en ese mismo momento, acciones que lo reorienten para mejorarlo.

Esto permite comprender que la valoración, de la forma en que se está llevando a cabo el binomio enseñanza-aprendizaje como proceso en movimiento y las características de continuidad y paralelismo, tanto de éste como del de evaluación, como aspectos de gran importancia en la docencia, están en la conciencia de pocos profesores y por tanto no forman parte de la intencionalidad que tienen para enseñar y evaluar. Pocos profesores pueden llevar a cabo la evaluación como acción formativa para los alumnos, o para el mejoramiento de su práctica docente.

En este sentido, la evaluación, desde mi punto de vista, pasa a ser un medio cuya utilidad se restringe a una función informativa para uso de los profesores con la cual cumplen, a su vez, con la función normativa institucional de gestionar y controlar el resultado del aprendizaje, más que nada, para otorgar la nota requerida por la administración escolar.

Las respuestas a la segunda pregunta *¿Qué es para usted calificar?*, muestran que para 90% de los profesores que respondieron el cuestionario, calificar es otorgar una nota que expresa cuánto aprendieron los alumnos durante un periodo escolar. La mayoría de ellos califican tomando como elemento principal el resultado del o de los exámenes aplicados durante un periodo escolar. La calificación representa el dato, generalmente expresado en número y en letra en pocas instituciones educativas, que se requiere para cumplir con las normas y criterios administrativos que permitan o eviten a los estudiantes el acceso a niveles educativos superiores.

Para pocos de los profesores que respondieron el cuestionario, el 10%, la calificación representa un dato para conocer cómo se ha llevado o cómo se llevó a cabo el proceso de enseñanza-aprendizaje, no es un dato cualitativo sobre el aprendizaje de los alumnos y tampoco permite conocer cómo se llevó a cabo este proceso.

A la pregunta 3 *¿Para qué evalúa usted?*, estas fueron las respuestas: Casi el total de los profesores, 95%, respondió que ellos evaluaban para ver si los alumnos habían aprendido y para poner la calificación que piden en la administración escolar. El 5% restante contestó que evaluaban para saber qué y a quiénes retroalimentar.

Es interesante observar que no hubo respuestas relacionadas con valorar cómo ha sido la enseñanza y que, aunque los conceptos de evaluación indican que hay amplitud de ideas, con esta pregunta se hace notar que la mayoría de los profesores evalúa, si bien para saber si los alumnos aprendieron, para poner la calificación o nota que la administración escolar solicita.

En la pregunta *¿Para qué califica usted?*, respondieron en su totalidad que lo hacen para poner la calificación como se solicita en la administración escolar. Parece que no hay

mucha diferencia entre la práctica de la evaluación y de calificación porque en la pregunta anterior, sólo se agregó en las respuestas de la mayoría de profesores que evaluaban para saber si los alumnos habían aprendido, pero la finalidad de evaluar sigue siendo poner la calificación.

Sobre la pregunta *¿Qué evalúa usted?*, las respuestas fueron las siguientes: 80% evalúa el logro de los objetivos del programa y que los contenidos se hayan aprendido, así como la participación en las actividades dentro y fuera del aula. El 10% dice evaluar el logro de los objetivos, que los alumnos conozcan los contenidos y si el programa fue útil o en dónde hay que hacerle modificaciones. El restante 10% agregó que evalúa las tareas, actitudes, habilidades y destrezas.

En ningún caso se mencionó que evaluaran si los alumnos relacionan lo anteriormente aprendido con lo nuevo, o si pueden aplicar lo aprendido, o el trabajo docente, o cómo se llevó a cabo el proceso de enseñanza, tampoco mencionaron que hayan reunido información sobre los aspectos del proceso que puedan mejorar, aunque 10% mencionó que evaluaron si el programa fue útil.

Las respuestas a la pregunta 6 *¿Qué califica usted?*, fueron las siguientes: 95% contestó que calificaba que los alumnos supieran contestar lo que se les pregunta en los exámenes; el 5% restante contestó: que sepan contestar lo que se les pregunta sobre lo que se vio en clase, el aprendizaje de los alumnos, si manejan el contenido del programa, los trabajos que entregan al final del semestre, si mejoraron o no respecto a cuando entraron.

A la pregunta de *¿Qué hace para evaluar a los alumnos?* Estas fueron las respuestas: 85% de los profesores dice que evalúa poniendo exámenes parciales, con los exámenes departamentales y con trabajos finales. El otro 15% respondió: revisión de exámenes departamentales; aplicando exámenes sorpresa; preguntando a diario la clase; pidiéndoles que expliquen lo enseñado; realizando exámenes parciales al final de cada unidad; dejándoles tareas; preguntando al inicio de la clase sobre la clase anterior, poniéndoles situaciones problemáticas y así repasan rápidamente la teoría, cuestionándolos directamente, pidiéndoles control de lecturas.

Es importante observar que la mayor parte de los profesores utiliza los exámenes como medio o actividades para evaluar. Sólo 15 % proporciona un listado mayor de actividades, pero no faltan los exámenes como medio de evaluación.

Vale la pena recordar aquí a Coll y Martín (1993), citado por Frida Díaz, B. (1998), que dicen: “Una práctica desafortunada pero que se ha hecho ya una costumbre entre el profesorado de casi todos los niveles educativos, consiste en establecer una marcada distancia entre lo que suele enseñar y lo que se evaluará. Así por ejemplo, ocurre que los docentes reservan los ejercicios más difíciles, las tareas o situaciones más complejas, para el momento de la evaluación. Detrás

de esta práctica errónea hay una supuesta justificación que aduce una genuina valoración de los aprendizajes: se busca determinar en qué medida los alumnos están generalizando o transfiriendo los aprendizajes. Posiblemente haya una razón distinta en ello, referida a las formas de ejercer el poder en el aula [...]. Cuando se usan experiencias evaluativas de este tipo, los alumnos terminan por fracasar, y como consecuencia de ello generan injustamente atribuciones negativas sobre su persona que afectan su disposición futura para aprender con sentido los contenidos [...]"

A la pregunta 8: *¿Qué hace para poner la calificación a los alumnos que la administración escolar solicita?*, la mayor parte de los profesores, 95%, respondió que toma en cuenta los resultados de los exámenes tanto parciales como departamentales y los promedia, con este resultado, pone las calificaciones para la administración escolar. Sólo 5% respondió que además de los exámenes también toma en cuenta las actitudes que han tenido durante el semestre, y algún trabajo extra que les solicitó o que ellos mismos decidieron elaborar.

Para la novena pregunta: *¿Qué hace para saber que los alumnos están aprendiendo?*, se encuentra que el mayor número de profesores, aproximadamente 90%, responde que no se habían hecho esta pregunta, porque denota una preocupación permanente o que se refiere al momento en que se está enseñando algo.

Sí se han preguntado "¿habrán aprendido los alumnos?", sobre todo al terminar un tema o una unidad del programa y, por supuesto, al terminar el programa.

Sin embargo, tratando de responder a la pregunta, piensan que los alumnos están aprendiendo cuando responden a las preguntas que él hace durante la clase o cuando los alumnos contestan todas las preguntas de los exámenes. Sólo algunos profesores, aproximadamente 10%, responden que saben si un alumno está aprendiendo cuando les va bien en los exámenes departamentales y parciales, si le plantea preguntas que inician con frases como "entonces..."; "lo que usted quiere decir es que..."; "esto tiene relación con..."; "pero, lo que nos dijo antes, ¿no contradice..."; "lo que nos está explicando confirma..."; "lo que leímos se complementa con esto porque..."

Estas respuestas nos hacen pensar que la mayor parte de los profesores entiende la evaluación como una acción que verifica si un proceso de enseñanza que se ofreció en un momento determinado se logró o no. Pocas veces, entonces, los maestros están llevando a cabo la función retroalimentadora de la evaluación en el momento oportuno. Sólo algunas veces verifican si en el momento en que se enseña están logrando el aprendizaje, se percibe aquí nuevamente que en la realidad el proceso de enseñanza y de aprendizaje se experimenta de manera desvinculada. Por otra parte, la idea de evaluación como proceso paralelo al de enseñanza-aprendizaje no pareciera que se da y tampoco la idea de evaluación como proceso permanente.

Para la pregunta 10: *¿Qué hace para saber que sus alumnos han aprendido?*, las respuestas que dió el mayor número de profesores a esta pregunta fueron: sabe que sus alumnos han aprendido cuando revisan el resultado de los exámenes departamentales; preguntando sobre la clase anterior diariamente; preguntando sobre lo que vieron la última clase; aplicando exámenes parciales al final de cada unidad del programa; aplicando exámenes "sorpresa"; pidiéndoles que elaboren un resumen de lo que trata cada unidad del programa; pidiéndoles que elaboren un ensayo sobre los contenidos del programa.

Estas respuestas nos permiten observar, nuevamente, la importancia que tienen los exámenes, pareciera que son el instrumento más usado por los profesores. Estas respuestas se relacionan con las de la pregunta anterior en el sentido de que no está presente la idea de la evaluación como proceso continuo, paralelo y permanente.

Las respuestas dadas a la última pregunta: *¿Qué hace para saber que usted ha propiciado que los alumnos aprendan?*, son las siguientes: la mayoría de los profesores, 95%, respondieron que lo saben revisando la cantidad de respuestas correctas que dieron en los exámenes, tanto en los parciales como en los departamentales. Sólo 5% señala que les pregunta directamente a los alumnos si aprendieron durante las sesiones en que ellos fueron sus docentes; la mayor parte de este 5% dice hacerlo al terminar el curso.

Las respuestas a esta última pregunta nos hacen pensar nuevamente que la mayor parte de los profesores no ha considerado que su trabajo docente es también objeto de evaluación, esto puede estar ocurriendo porque el concepto de evaluación y calificación, en la práctica, casi no tiene diferencia y porque son los exámenes el medio primordial para conocer si los alumnos aprendieron.

Me parece importante tomar aquí el pensamiento expresado por Coll y Martín (1993) que se refiere a lo siguiente: "Es también muy importante insistir que entre el asunto de la enseñanza y la actividad evaluativa debe existir una profunda coherencia en aras de promover aprendizajes significativos. Si el profesor ha insistido por diversos medios (organizando sus materiales de enseñanza, utilizando diferentes estrategias y procedimientos de instrucción, etc.) en la promoción de esta clase de aprendizajes, para terminar evaluando la simple reproducción literal de los contenidos que se han de aprender, provocará tarde o temprano que el alumno adopte el aprendizaje memorístico de la información."

En un primer acercamiento al análisis de las respuestas dadas al cuestionario utilizado, se puede decir, a manera de conclusión, que la tendencia teórica actual es la de concebir a la evaluación como un proceso que permite valorar integralmente los procesos de aprendizaje y de enseñanza para obtener información no sólo de los resultados, sino también de la forma en que el alumno construye el conocimiento

y logra aprender, y de la forma en que el docente propicia la construcción del conocimiento por el propio alumno.

Esta tendencia también incluye la idea de que la evaluación se lleva a cabo como un proceso paralelo al de enseñanza-aprendizaje que permite al docente ir tomando decisiones en el momento oportuno para llevar a cabo acciones, oportunas también, que permitan reorientar las condiciones necesarias para que se logre de mejor manera el proceso de construcción del conocimiento por cada uno de los alumnos de acuerdo con sus características personales. El concepto teórico que se maneja actualmente también implica que la evaluación es un proceso formativo para el alumno tanto en su desarrollo personal en el ámbito escolar como en su proceso de inserción en la sociedad.

Sin embargo, esta tendencia conceptual dista mucho de verse reflejada en la práctica de las instituciones educativas y de los profesores en las aulas, ya que la realidad es que se toma a la evaluación como el medio que permite controlar, clasificar y seleccionar a los alumnos para acceder a niveles de educación superiores, y socialmente, permite controlar, clasificar y seleccionar también, el acceso a las diferentes oportunidades del ámbito laboral.

La función educativa, formativa y de mejora constante del proceso de enseñanza-aprendizaje se observa con menor fuerza y esto se evidencia sobre todo en las formas que se utilizan para evaluar los aprendizajes tanto en las instituciones como en la práctica evaluativa de los docentes.

De acuerdo con Coll y Martín (1993), es evidente que sin una práctica coherente y una formación o referente teórico conceptual claro y consciente por parte de los profesores sobre la evaluación, la función de ésta en el proceso de enseñanza-aprendizaje y las actividades para llevarla a cabo pierden mucho su razón de ser y pueden convertirse en prácticas evaluativas con una fuerte orientación tecnicista o que privilegian lo burocrático-administrativo sobre lo académico. Sin esta formación, las prácticas evaluativas pueden ser evidentemente contradictorias, sin que los profesores se den cuenta de ello y “[...] también pueden reducirse a cuantificaciones simplistas y perder toda su riqueza interpretativa, aportando muy poco al proceso de aprendizaje y enseñanza.”

Bibliografía

- Coll, C. y E. Martín, “La evaluación del aprendizaje en el currículum escolar: una perspectiva constructivista”, en C. Coll, E. Martín, T. Mauri, M. Miras, J. Onrubia, I. Soléy, A. Zabala, *El Constructivismo en el aula*, Graó, Barcelona, 1993.
- Díaz, B. Arceo y R. Gerardo Hernández, “Estrategias docentes para un aprendizaje significativo”, en *Una interpretación constructivista*, McGraw-Hill, México, 1998.
- Sternberg, J. Robert y Louise Apear-Swerling, “Enseñar a pensar”, en *Aula XXI*, Santillana, México, 1999.

